

*Sobre la Confusión de los Tejidos de la Ortodoxia
y la Legitimidad de la Sociedad
con el “Sistema” y el “Orden”*

Por Alfred McCLUNG LEE, Profesor de Sociología y Antropología de la Universidad Municipal de Nueva York, Estados Unidos de América.—Colaboración especial para el Número Conmemorativo del Vigésimoquinto Aniversario de la Revista Mexicana de Sociología, vertida del inglés por Oscar Uribe Villagas.

EL repertorio popular de imágenes atesora la noción de que los asuntos humanos constituyen un “sistema”. El comportamiento humano y los arreglos sociales se dice que se realizan dentro de algo que se parece a un mecanismo social o incluso a un organismo que tendría características continuas o repetitivas en las que poder confiar, así como también características integradoras y compensadoras. No es justamente una disposición formal o regular de las relaciones sociales, conforme lo denota el término “orden”. El mito del “sistema” social —tan común en las culturas humanas y en las formulaciones filosóficas de los intelectuales— tiene el sentido de “plan” u orden definido, metódico e incluso lógico. Incluso se habla de él como de una porción del plan divino que abarcaría a la creación entera. Queriéndolo o no, o bien elaboraríamos en nuestras vidas detalles de un plan sagrado, o tendríamos la opción de luchar para plegarnos a él con objeto de obtener satisfacciones de amplio aliento mediante la adaptación de nuestras vidas dentro del mismo.

Este mito social del “sistema” social les da a los individuos el senti-

miento de que están integrados en algo que es estable y que es capaz de soportarlos. El “sistema” raramente sobrevive hasta realizar las promesas humanitarias que hacen en nombre suyo tanto sus subrogados como por sus racionalizadores; pero parece sancionar y dar apoyo a posiciones y relaciones (incluyendo la distribución corriente de la vigilancia y dominio ejercidos sobre el poder social) que se consideran relacionadas con él. A cambio del sentimiento psicológico de seguridad y de realización, los individuos y los grupos afirman el mito del “sistema” y desarrollan hábitos, costumbres, contratos y resistencias legales al cambio, que se denominan “estructura social”. Las inversiones muy amplias de los gobiernos y las iglesias en edificios y monumentos adornados, así como en otros artefactos, sugiere que es muy grande el grado en que se usan materiales no humanos para crear ilusiones acerca de la existencia de un “sistema” y una “estructura”.

Dentro de un “sistema”, se traza la imagen de una *congeries* de “subsistemas” interrelacionados. Se piensa que cada persona tiene su sitio dentro del sistema y dentro de varios de sus subsistemas. Estas posiciones le pueden haber sido adscritas gracias a la familia, a la comunidad, a la edad o al sexo, o puede haberlas obtenido. Es probable que aquellos cuyas posiciones resultan más o menos privilegiadas estén más preocupados del “sistema” que los demás. A menudo los más privilegiados se identifican fuertemente con el “sistema” (según lo entienden) y hacen cuanto pueden para mantenerlo y preservarlo, especialmente por lo que se refiere a la propiedad y a las relaciones de vigilancia y dominio, así como en lo referente a superficialidades tales como los símbolos y rituales patrióticos y religiosos. Por su parte, los menos privilegiados frecuentemente se sienten extraños al “sistema” y hacen cuanto pueden para enfrentársele como una entidad gracias a un patronato inamistoso, presuntuoso o —incluso— extraño.

A las imperfecciones o al mal funcionamiento aparente del “sistema” se les considera ya como desarrollos que dejan perplejos a sus sostenedores y que deben de aceptarse como atributos inherentes del mismo, o ya como desórdenes ocasionados por el error, la fatiga, el defecto, o la intervención de alguna agencia exterior. Tradicionalmente, “Satán” ha sido muy útil para explicar de un modo general cualquier falta de funcionamiento adecuado; ha sido un “agente exterior” favorecido por excelencia. Sin embargo, hay a mano otros chivos expiatorios en el folklore de cualquier sociedad o de cualquier grupo, como: grupos étnicos y sectas religiosas, partidos políticos, y combinaciones mercantiles, clases y países de lo más variado, así como varios símbolos más individualiza-

dos del mal. Tanto el “sistema” como el chivo expiatorio reflejan la patética búsqueda humana de un propósito, una sensibilidad, una causa, en los asuntos humanos. La pugna actual entre el “Sistema Capitalista” y el “Sistema Comunista”, que pone en disponibilidad a los comunistas en cuanto “subvertidores del Occidente” y a los capitalistas en cuanto “saboteadores del bloque soviético”, proporciona un buen ejemplo que difiere de los previos —principalmente— en que, por su amplitud y por su manera de penetrarlo todo, resulta potencialmente destructivo de toda la humanidad.

El mito sistemático está relacionado con la más honda de las disposiciones humanas a antropomorfizar y las entidades sociales; a tratar de psicologizar lo no racional así como los acontecimientos y tendencias no intencionales de la sociedad e incluso del universo. Esos acontecimientos y tendencias incluyen lo que para los individuos son sus actos racionales e intencionales, pues sus propios motivos para actuar no trascienden sobre el contexto social y las consecuencias de un acto. Así, los incidentes, las tensiones internacionales, las guerras, se interpretan como si se realizaran entre entidades hominoides. Es cierto que en tales acontecimientos intervienen agentes humanos individuales, pero no se pueden entender los procesos sociales si se conciben como si estuvieran dirigidos por individuos autónomos.

Se concede mucha atención a la presunta personificación de los gobiernos, al sobreenfatar las características decisorias de un presidente, de un rey, de un dictador, de un primer ministro, aun cuando en gran parte un gobierno moderno y especialmente un proceso gubernativo se encuentre más allá del alcance y del dominio de tal persona. Esta manera de pensar en términos de símbolos personales reduce las irritantes incertidumbres y pugnas así como las indeterminaciones de la arena societaria mediante una simplificación inteligible; pero, esto también contribuye mucho a oscurecer la naturaleza de las presiones políticas, de otras presiones sociales, de las competencias y las inclinaciones hacia el poder.

Quizás haya sido el cuerpo de derecho (legislado o configurado por las decisiones judiciales) el que haya contribuido más que cualquier otro artefacto, a substantivar al mito del “sistema”. Frecuentemente se pasa por alto el hecho de que la masa jurídica es una facilidad o un dispositivo al que le insuflan vida hombres interesados, y que estos lo hacen sólo en el grado en que tienen que usarlo en sus luchas y competencias. Equipadas con un conocimiento operante de los mandatos morales y consuetudinarios, sus racionalizaciones y sus inhibiciones, la mayoría de

las personas, tienen pocas dificultades con la ley, aún cuando en raras ocasiones se percaten de los principios precisos aplicables a una situación dada. Después de todo, el Derecho no define la cultura en ningún grado: es un haz de transacciones que reflejan la moralidad, las costumbres sancionadas de los grupos poderosos, así como ciertas salidas político-económicas. Afirmar que nuestro "sistema" se encuentra bajo lo que se denomina "el imperio de la ley más que el de los hombres" es una creencia popular confortadora y estabilizadora; pero éste es un dato y no un principio de la ciencia social.

Se supone popularmente que el "sistema" social, defínasele como se le definiere, proporciona canales para los derechos, las responsabilidades, las formas de vigilancia y señorío, los beneficios y las oportunidades sociales. Se concibe como algo que tendría una substancia objetiva así como estabilidad. Se cree que parecerá algo similar para todos los seres humanos bien informados y normales. De quienes no lo ven así se dice que son incompetentes; que tienen una experiencia limitada; que son perversos; que son un tanto extraños, o que se encuentran enajenados. Incluso quienes se sienten desposeídos o sub-privilegiados siguen mostrando que creen en el "sistema". Pueden entrar en pugna con los afortunados que controlan el "sistema" o con el "sistema" mismo, pero no niegan su existencia.

El que la sociedad y sus grupos tienen algún grado de organización y que todos ellos están interrelacionados no son puntos que haya que discutir aquí. Estas son materias de observación. Hemos hablado¹ del carácter envolvente de los procesos sociales y de los procesos de cada grupo social y de cada individuo, pero estas concepciones son mucho más complejas, se basan mucho más en observación detallada que las concepciones que se trata de hacer que ajusten en la metáfora de "sistema" o incluso de "orden". Según establece el sociólogo Severyn T. Bruyn,² "El uso muy extendido de una metáfora o de una analogía es una falta tanto de los escritores clásicos como de los modernos. . . La metáfora tiene sus límites útiles en cualquier análisis; si una simple metáfora merece demasiada confianza, la complejidad real del fenómeno llega a eludir al analista".

Las dificultades que se tienen con las ideas populares que hemos es-

¹ Alfred McClung Lee y E. B. Lee, *Marriage and the Family*. Barnes & Noble, New York, 1961, pp. 14-16. Véanse también otras partes de Lee; *Multivalent Man*.

² "Rhetorical Devices in Sociological Analysis" artículo inédito, leído ante la American Sociological Association, Washington, D. C., Agosto 30 de 1962.

quematizado consisten en que el “sistema” es una caricatura y en que se confía excesivamente en él hasta hacer que “la complejidad del fenómeno... eluda al analista”. Las dificultades resultan aparentes especialmente en lo que se refiere a los esfuerzos de reduccionismo mecánico o biológico. Tal metáfora o analogía tiene una utilidad pasajera y sugestiva, pero no puede enfatizarse con exceso sin retorcer un concepto. Puede verse que hay una cierta convergencia en la terminología popular y especialmente en las concepciones generales sistemático formales aun cuando exista una gran variedad en cuanto a detalles y énfasis en la forma en que se enuncian y en el modo en que se aplican. Pero, la sociedad misma es un referente asombroso, que desafía cualquier sobresimplificación. En un nivel mínimo, parece ser que tiene, en forma simultánea, muchos ordenamientos diferentes.

El “sistema” social —en cuanto forma popular de pensar— es un mito sacrosanto, que forma parte de los datos que ha de estudiar el sociocientista. No debería de tratarse como si fuera sólo dato del comportamiento social sino también como una concepción científica concerniente a la naturaleza de las relaciones y del comportamiento sociales. Cuando se intenta hacer del “sistema” una generalización científica, como han tratado de hacerlo muchos estudiosos de la sociedad,³ entran en corto circuito la observación y el análisis sociales. Pasa por encima de las ricas complejidades de la sociedad y de los procesos sociales que pueden verse cuando se estudia a la sociedad de una manera clínica.⁴

En forma derivada, el término “sistema” tiene el sentido de un todo, compuesto ordenadamente de varias partes. Connota la clase de actividad interdependiente que se encuentra en los mecanismos funcionantes y en los organismos vivientes. Sistemas mecánicos del tipo de los relojes, de la instalación eléctrica de una casa, de una ciudad o de una región, así como la red ferroviaria contribuyen a dar la ilusión de que son aspectos de un “sistema” social que lo abarca todo o, quizás, síntomas del mismo. A los organismos también se les llama, frecuentemente, “sistemas” y proporcionan una modificación de la analogía que, frecuente-

³ Michele Marotta, *Organicismo e Neo-Organicismo*. Dott. A. Giuffrè, Editore. Milano, Italia, 1959. Especialmente las pp. 67-72 que hablan acerca de las analogías amplias y constriñentes sistemáticas y organísmicas entre los sociocientistas en todo el mundo, y especialmente en Italia y Estados Unidos de América. Marotta es, por su parte, un admirador y seguidor del neo-organicismo de Corrado Gini y de V. Castellano.

⁴ Véase el estudio del autor intitulado “Studio clinico della societa”, Capítulo 10 de su *La Sociologia delle Comunicazioni*. Casa Editrice Taylor. Torino, Italia

mente, resulta atractiva para muchos teóricos sociales. Se ha escrito mucho para demostrar ya sea que la sociedad es algo organísmico con una historia vital o ya que es una especie de “sistema” en equilibrio o en equilibrio móvil y cambiante. De acuerdo con tales opiniones, los problemas sociales importantes para el estudio “científico” resultan ser aquellos que implican un mal funcionamiento de algún constituyente de la sociedad y que representan, por ello, amenazas para la “salud” del “sistema” total. La analogía con un tornillo usado o un órgano enfermo apenas si se encuentra oculta en todos ellos. Cuando quienes sostienen tales teorías se preocupan —según lo hacen frecuentemente— por 1.— mantener o restaurar la “salud” de las instituciones existentes, 2.— tratar de “hacernos regresar” al *statu quo ante*, del sistema en el que “estaba sano”, o 3.— ocuparse del bienestar de aquellos en quienes están investidos la vigilancia y el señorío sociales, su orientación organicista y sistemática de la teoría social resulta atractiva para quienes son fuente de fondos o de subsidios para la realización de una investigación y una instrucción científico-social apropiada. Tales teóricos descuidan los problemas de los derechos del individuo, de la nutrición de la creatividad, del entendimiento de la dinámica propia del cambio social. Tratan, más bien, de las responsabilidades de los individuos, del control de la creatividad, de la manera de evitar el cambio, y —con ello— buscan la justificación de la forma en que están repartidos los beneficios, vigilancias y frenos. Cuando un teórico sistemático como Marx o como Lenin, hace su aparición, sus análisis son los más amenazadores y de los más propios para confundir, porque comparte algunas de las ilusiones básicas —reificaciones— de los apologistas del “sistema” que ataca y de sus propios patrocinadores.

Si no hemos de hablar de la sociedad como de un “sistema” ¿cómo hemos de tratar de conceptualizar sus complejidades generales? ¿Cómo podremos evitar caer en prejuicios y supersimplificaciones distorsionantes como las que se evidencian en las teorías sociales sistemática y organísmica? Más que un “sistema”, ¿a qué es a lo que apuntan los datos sociales cuando se recogen desde distintos puntos de vista y se comparan cuidadosamente?

Podemos llegar a ver una tremenda mezcla de grupos: estratos sociales, grupos étnicos, segmentos etnoidales de la sociedad, grupos formados sobre ciertos escenarios, en racimos de posiciones ocupacionales semejantes, grupos y conexiones familiares, comunidades y asociaciones comunitarias, camarillas y muchas otras cosas semejantes. Todos ellos —sea que hayan sido especificados y denominados o no— se encuentran

dentro de la panorámica social que rodea la vida de los individuos y las actividades de los grupos.

Incluso más que en el caso de la panorámica física tridimensional, la mezcla multidimensional de grupos en la sociedad difiere drásticamente en apariencia con cada cambio de perspectiva. Si se carece de la curiosidad, la osadía y la experiencia de un estudioso dedicado a la sociedad, la confusión de la panorámica se reduce del modo más satisfactorio posible a través de la percepción popular. El mito social del “sistema” lima y racionaliza, en favor de los individuos, muchas de las inconsistencias y desigualdades de la sociedad; su irracionalidad básica. El mito hace que la sociedad parezca trabajar como un sistema, y su “mal funcionamiento” designado por este o por otro término análogo, sirve para fortalecer la ilusión. En realidad, muchas de las disfunciones son sintomáticas de que existen diferencias entre las concepciones del “sistema”. El que la Suprema Corte de Estados Unidos de América mantenga la separación entre la iglesia y el Estado en caso tras caso constituye un defecto de nuestro “sistema” para los dirigentes de un segmento etnoidal, y es, en cambio, evidencia de su “salud” para los voceros de los otros. Los negociantes a los que se aplican sentencias nominales por parte de los tribunales federales a causa de fijación monopolítica de precios, se resienten, porque dicen que son tratados como “criminales ordinarios”. Lo que estaban haciendo no era legal, pero ellos mismos proclaman que sus acciones (acuerdos privados entre los proveedores de una mercancía para mantener un precio artificialmente alto) “hacen que el sistema funcione”. Los operadores grandes y poderosos de apuestas a través de todo Estados Unidos de América, con sus muchos vínculos con los negocios legítimos y su aceptación general por parte de muchos ciudadanos, resienten su posición casi criminal y el que los no informados les confundan con los “pandilleros”. Muchos tipos de juegos de azar (mercado de valores, “lotería” realizadas por las iglesias y los puestos de veteranos, apuestas en las carreras de caballos) se encuentran sancionadas por las leyes estadounidenses, y muchas otras actividades de este tipo están permitidas, pero los jugadores piensan que el “sistema” es defectuoso en cuanto que no se enfrenta a lo que ellos denominan “realidades” y no permite las apuestas fuera del hipódromo, así como otros juegos de azar, en cuanto algo legalizado. Los jugadores alegan que el “sistema” lo único que hace es dar base a la policía y a los criminales para extraerles su dinero a cambio de protección. Los intelectuales han estado convencidos durante milenios enteros de que la factura de decisiones dentro del “sistema” es defectuosa, porque en una

u otra forma parece que se realiza por no intelectuales e incluso por anti-intelectuales.

Un atributo significativo del mito popular de que la sociedad es un "sistema" el respeto que inspira y el valor que otorga a ciertas cosas sociales (los individuos, los grupos, las organizaciones, las ideas) identificadas aparentemente con el "sistema" social y, especialmente, con la estructura de poder aparente del "sistema". También permite que se pongan en duda o rechacen aquellos rubros que no tienen una conexión o apoyo aparentes del mismo tipo. Este atributo puede ser designado con el nombre de "legitimidad". En este sentido, la legitimidad es la gracia especial o el carisma que se supone que poseen aquellos aspectos sociales que se piensa participan del "sistema" social atrincherado. Ideas legítimas son las ideas ortodoxas, aquellas aceptadas en cuanto sancionadas por el "sistema" a través de sus funcionarios.

La fuerza socialmente ilegítima de las creaciones de Mark Twain ilustra este punto de una manera dramática. Así, por ejemplo, en *The Ordeal of Mark Twain*,⁵ ese escritor cuidadosamente legitimado que fue Van Wyck Brooks, trata de desacreditar a Twain (Samuel Clemens) llamándole no-ortodoxo y crudo. "De altos vuelos, mesiánicos, Brooks y sus amigos buscaban la salvación cultural para una tierra espiritualmente empobrecida... Mark Twain era, en particular, un obstáculo. Aunque muerto años atrás, aún en 1920 estaba presente con persistencia de can, y continuaba siendo el favorito de todo hombre ordinario, recordado como un escritor con poca falta de sentido acerca de sí mismo, una persona real que había estado en muchos sitios, había hecho cosas, y había hecho dinero".⁶ Los legitimados sentían desmayo ante la crítica social inquietante de Twain. La designaban con el nombre de "amargura". Brooks no podía aceptar el rechazo de Twain respecto del "sistema" social existente, a no ser sobre una base patológica; hablaba de la enajenación social de Twain, como de "el efecto de una cierta desviación de su vida creadora, una personalidad contrariada, un desarrollo detenido, del que él mismo no se percataba pero que destruyó en él el sentido de la vida. El espíritu del artista que había en él, como ocurrió con el genio liberado finalmente de la botella, difundió en un vapor la mente que nunca había sido totalmente capaz de poseer".⁷

⁵ E. P. Dutton & Co., New York, 1920.

⁶ Lewis Leary, "Standing with Reluctant Feet", pp. 3-32 en *A Casebook on Mark Twain's Wound*. Ed. by Leary. Thomas Y. Cronwell Co., New York, 1962.

⁷ "The Ordeal of Mark Twain" (síntesis del libro antes citado), 35-61, en *ibid.*; p. 37.

El irreverente, el ilegítimo, el no-ortodoxo Twain se encuentra bien a sus anchas en *The Adventures of Huckleberry Finn* (1884), *The Mysterious Stranger* (1916), *What is Man?* (1917), y *The Autobiography of Mark Twain* (1959).⁸ A pesar de todos los esfuerzos de los instrumentos voluntarios de la ortodoxia para destruirlo o para convertir cómodamente en propiedad académica y social los trabajos de Twain, sus escritos constantemente los han derrotado. La originalidad vigorosa de sus historias asegura su inmortalidad y mantiene su enajenación intelectual. Otra ilustración es la del no regulado Thomas Jefferson, que fue legitimado políticamente en sus días, pero cuya heterodoxia política y religiosa preocupa a los instrumentos voluntarios de la ortodoxia intelectual, generación tras generación.

Porque a pesar de su tenuidad y falta de definición, las nociones de lo que es legítimo y de lo que es ortodoxo, en cualquier tiempo y lugar, tiene fuerza de penetración en los asuntos humanos.⁹ Basada en la moral societaria, y ulteriormente racionalizada en términos de costumbres del grupo relevante, la influencia de la legitimidad es tal que incluso sociocientistas muy experimentados tienen grandes dificultades para disociarla de sus implicaciones y coerciones en sus esfuerzos científicos. Lo legítimo es lo respetable: es, lo que es apreciado por un administrador universitario; lo que es financiado de buena gana por el ejecutivo de una fundación importante; lo que es designado como "científico" por los burócratas prominentes. Si se quiere ser científica y artísticamente creador, se debe de estar preparado para que se le llame a uno "ilegítimo", "no-ortodoxo". Debe de romperse con las concepciones establecidas —incluyendo las metodologías, los medios, los símbolos y las premisas. Se debe ser capaz de tener nuevas percepciones y tratar de entenderlas. Cuando un cientista o una artista tratan de lograr una responsabilidad social en forma distinta de aquella que corresponde al reconocimiento de sus méritos en el trabajo, el precio que paga consiste, frecuentemente, en llegar a convertirse en una mera concha de cientista o de artista, en un racionalizador plausible o en un técnico repetitivo (en caso de ser un ex-cientista) y en un tradicionalista de moda, en un sentimentalista o en un casiplegario (si es un ex-artista).

¿Por qué hemos usado, entre todos, conceptos tan generales e inclusivos como los de "sociedad", "cultura" y "proceso"? Los tres se refie-

⁸ Todos publicados por Harper & Brothers, New York.

⁹ Véase, del autor *Che Cos'E'Le Propaganda*. Casa Editrice Taylor. Torino, Italia, 1961, Capítulo 9. "La Coltire dell' Ortodossia".

ren a concepciones íntimamente relacionadas, representadas por fenómenos socialmente omnipresentes. Una sociedad es nuestro mayor agregado social identificable. Especialmente en la sociedad moderna, se refiere a una entidad tan amplia y abstracta que para los miembros de otras sociedades e incluso para sus participantes, una sociedad dada se representa en una forma estereotipada y simplificada. Está constituida por gente influida por una cultura general similar a la que reconoce como típica de esa sociedad. Dentro de una sociedad, sus miembros se organizan y se relacionan en varias formas dentro de los procesos en marcha de la vida individual, grupal y social; son seres sociales identificados en una forma diversificada con algunos de sus prójimos, con grupos sociales y con la sociedad puede pensarse en la sociedad como un concepto que enfatiza la existencia de la gente y de la organización en relación con la cultura y los procesos. La cultura enfatiza los aspectos continuantes y repetitivos de los arreglos y de la organización social, las convenciones y las morales, las tradiciones y costumbres, las prácticas y los hábitos, los procesos individuales y sociales. Los procesos apuntan especialmente hacia los aspectos dinámicos potencial y realmente cambiantes de sociedad-cultura-personalidad.

La utilidad de concepciones tan amplias como las de sociedad, cultura y procesos consiste en que nos recuerdan constantemente la naturaleza altamente compleja e interrelacionada de la interacción individual y del comportamiento social. Todas las concepciones menos inclusivas, sociológicas y socio-psicológicas, tienen que encontrar su contexto, dentro de estas unidades mayores, como hemos tratado de mostrar que pueden hallarlo en el caso de conceptos tales como los de "personalidad", "mismidad", "personalidad social" "multivalencia", "grupo", "grupo prototípico" y "marginalidad".¹⁰ Como observa la socióloga Helen Merrell Lynd,¹¹ "Para gente entrenada como muchos de nosotros, sigue siendo difícil pensar en términos distintos de aquellos que se refieren a los átomos individuales separados, vinculados entre sí dentro de la sociedad". Nuestra postura es la de que hay que ver los agregados sociales como algo que tiene características que derivan de su propio nivel de agregación, sea individual, grupal o societario. La sociedad no es una vinculación de átomos individuales, sino un compuesto de agregados sociales y de arreglos interrelacionados, percibidos en varias formas y concebidos en culturas societarias y grupales y bajo perspectivas individuales.

¹⁰ Véase Lee, *Multivalent Man*, Op. Cit.

¹¹ *On Shame and the Search for Human Identity*. Harcourt Brace and Company. New York, 1958, p. 82.